

## **Juegos Culturales Evita 2022**

### **CUENTO ADULTOS MAYORES**

**Mercedes Susana Vara. La Pampa.**

#### **El Angel del Monte**

Pleno invierno en La Pampa, una familia en busca de trabajo se instalaba en pleno campo, para ganar un sustento volteando el monte. Destino de gente humilde, brazos de acero desafiando al caldenal.

A medida que avanzaba la labor en la picada volver al campamento le costaba a la familia un gran esfuerzo; después de hachar todo el día el cansancio se hacía sentir sobre sus espaldas. Era preciso trasladarse más cerca. Trabajo de hormigas esperaba a aquella gente.

Se comenzó muy temprano, pero los cortos días de Julio hicieron que no alcanzara la luz del sol y la noche los encontró terminando el cambio.

El frío de la noche invitaba a disfrutar de una cena calentita. Cuando Rosa reunió a sus hijos para ello noto que faltaba Juancito, su pequeño de tres años.

Ocupados en cubrir de pajas la choza para darle más abrigo, acomodar los pocos bártulos, afilar las hachas para el día siguiente, no advirtieron que faltaba.

El rostro de aquella mujer curtida se cubrió de lágrimas y un grito desgarrador se ahogó en su garganta. Allí comenzó la búsqueda. Las luces de las linternas recorrieron cada entrada en los montes las voces gritando su nombre llenaron la noche, tratando de encontrar un niño pequeño, indefenso y solo en medio del fachinal.

Una Luna grande y fría reflejaba en la laguna del salitral como un espejo de plata, las sombras del monte se extendían cual negras cabelleras sobre las aguas.

Alertas los teros ante el mínimo murmullo y el ladrido de los perros en el silencio de la noche armaban una escena cargada de miedos y de terribles presagios. Así se sentía y vivía esos momentos desde a casa a orillas de la laguna.

La ansiedad crecía en mi como en todos los demás, lo único que me daba un poco de calma era rezar, pidiendo a Dios que protegiera esa vida inocente.

En todo momento lo hacía sin lograr borrar su imagen de mi mente.

Las hachas silenciaron su golpe seco y la brecha larga de la picada vacía parecía bajar su lomo en la barda como esperando su regreso.

Incesante fue la búsqueda ese día el cansancio y la desesperación hacían mella en esos rudos trabajadores acostumbrados a recorrer los montes, pero la necesidad de encontrar el niño era más fuerte.

La segunda noche llegaba, el niño no aparecía. Mamá no podía ocultar las lágrimas, mis hermanos cansados, agobiados por la inútil tarea de buscar y no encontrarlo.

Un sentimiento de culpa sentía al acercar mis pies al hogar encendido, sabiendo que un pequeño sin abrigo ni alimento estaba solo en medio del monte.

Nadie pudo dormir aquella noche a la espera de la luz del día para comenzar la tarea de recorrer metro a metro todo el terreno.

Al fin de la jornada parecía que no quedaba lugar por donde buscar otro día sin lograr encontrar a Juancito.

En un poniente pintado de arbol los últimos rayos del sol daban lugar a una helada implacable.

Tarde calmó el pampero, cansado tal vez de jugar con las arenitas del camino que amontonaba en sus orillas y alisar con un soplo las serpenteantes huellas de las vacas.

Y ahí, por ese sendero angosto que había limpiado el viento se recortaba la figura chiquita de aquel niño que llegaba lo más tranquilo en busca de ayuda.

Sus grandes ojos negros miraban todo con admiración, pero sin miedo, en su rostro un poco sucio por la tierra no había rostro de llanto.

Rápidamente salieron a llevar al niño al encuentro de su madre.

Me brotaron lágrimas de emoción pero en mi pecho sentí un gran alivio.

Tras los cristales empañados por el frío miré la laguna, la luna ya no parecía tan fría, un carrusel de estrellas jugaba en las aguas, ni los perros ni los teros me asustaban.

Al abrigo de mi cama calentita tuve un hermoso sueño: Un ángel del cielo bajaba al

caldenal, tomaba en sus brazos a un niño pequeño que estaba perdido, lo acunaba en su regazo, lo acariciaba dulcemente y lo conducía por una huella larga para que fuera al encuentro de su madre.

Cuando desperté aquella mañana supe que en la vida, sueños y milagros van de la mano. Que en La Pampa en medio del fachinal habita un ser de luz que ampara y protege a las almas perdidas, todos lo conocen como “EL ANGEL DEL MONTE”.